

Época, Año 4, N° 1231, Montevideo, martes 4 de enero de 1966, pp. 10-12.

El reciente libro de Solari (I)

Por Carlos Real de Azúa

## EL TERCERISMO REPLANTEADO

### UNA EXPOSICIÓN INEXCUSABLE

El “*muere y transfórmate*”, a medias evangélico y a medias nietzscheano, parece venirle bien. Pero también podría encajarle como anillo al dedo aquella irónica rectificación del aforismo que divulgó Sarmiento: “*Las ideas no se matan (o se degüellan): se mueren solas*”.

Haber situado la cuestión del “*tercerismo*” sobre el espectro cuyos extremos marcan esas dos frases, haber revuelto -ya- el avispero ideológico del país con su libro **El tercerismo en el Uruguay** (Editorial “Alfa”, 1965), conseguir que un sector pequeño pero políticamente vivo de nuestra sociedad sea llevado a repensar un tema de tanta importancia, constituye un mérito y representa una labor cuya positividad nadie debería discutirle a Aldo Solari. Como esto todavía no se ha subrayado y como yo mismo no le ahorraré objeciones, siento en este momento el deber de destacarlo. Un crítico del 900 diría ahora: “*A tout seigneur, tout honneur*”.

La franqueza y aún podría hablarse: el desgarró con que Solari transita por su asunto no son habituales. Incluso cuando nos parece equivocado no deja de ser penetrante; incluso cuando simplifica -y muchas veces simplifica abusivamente- no deja de tocar en cuestiones concretas y neurálgicas. Llevado por cierto brío acometedor en eso que él llama la busca de **una redefinición** se larga por la pendiente de los “*pareceres*” pero ni aun entonces puede liberarse de sus cautelas metódicas. Todo el libro es un campo de batalla entre su voluntad de afirmación y su tiroteo de “*es probable*”, “*parece razonable*”, “*podría suponerse*” y otras mil variantes. Este conflicto entre la aseveración y la duda, entre la impresión y el dato, hace a su obra una de las más típicamente “*ensayísticas*” de la cultura uruguaya de estos años. Porque eso es típicamente el “*ensayo*” cuando los logros del conocer no llegan a la seguridad de la ciencia o no caen al abismo del disparate (que aun él puede ser genial). Yo no sé qué criterio de “*ensayo*” manejan quienes han negado tal categoría al libro de Solari. Probablemente tendrán que demostrar que Montaigne y Bacon, los fundadores del género, consultaron concienzudamente variados repositorios, realizaron “*investigaciones*”, descansaron en otra cosa que en su personal cultura y en su observación del mundo y de los hombres. O que lo mismo hicieron los posteriores maestros del ensayo. Digamos un Lamb o un Hazlitt, un Carlyle o un Pater, un Wilde, un

Chesterton, un Connolly, un Huxley, un Orwell, para escoger sólo ejemplos en una de las literaturas que más rica ensayística ha producido.

### *ENTRE LA DESILUSIÓN Y EL MASOQUISMO*

Quien dice enfoque ensayístico dice impregnación subjetiva de todos los planteos y este rasgo de género también el libro de Solari lo ratifica con holgura. En su prefacio dice el autor: “*en alguno de los sentidos del término, soy un tercerista*”. El verbo como se ve está empleado en presente por más que quede por indagar a cuál de esos sentidos él se adscribe. El punto de partida, de cualquier manera, es el de alguien que se dice y se siente comprometido en una actitud y no se apea preliminarmente de ella. No faltarán quienes -es previsible- vean en ese embanderamiento inicial una postura más cómoda para la empresa de liquidación a la que en muchos de sus pasajes la obra parece acercarse. Creo, con todo, que la cuestión puede plantearse con más generosidad y, tal vez, con más sutileza.

Porque el trabajo de Solari arrastra un extraño aire de afinidad con varios de este tiempo y sobre todo con uno, no hace mucho difundido entre nosotros. Me refiero a “*Crítica a la izquierda latinoamericana*” que con el seudónimo de “*Espartaco*” publicó, como es secreto a voces, el destacado economista chileno Aníbal Pinto Santa Cruz. Obra de un sociólogo profesional aquél y de un economista éste, a las dos las une una empecinada voluntad de claridad y replanteo por una revisión del patrimonio ideológico de los sectores progresivos de Latinoamérica, de su viabilidad y de su eficacia. Lógico resulta entonces que la tarea se inicie con el examen de lo que cabe llamar las verdades aceptadas, los estereotipos prestigiosos, los intocables lugares comunes. Cuando tal operación se hace urgente se perfila un síntoma claro de que algo (o todo) no marcha bien y hay algo enloquecido adentro de los relojes que marcan nuestro tiempo y el tiempo de nuestros adversarios. La “*Crítica*” de “*Espartaco*” fue redactada en los días en que se completaba el cerco en torno a la Revolución cubana y en que “*la nueva frontera*” de Kennedy pareció abrir una brecha por la que las aspiraciones constreñidas de nuestro continente podrían comenzar a irrumpir. El libro de Solari no aspira a un planteo tan global de la situación latinoamericana, pero también es imposible desvincular su tono flagelatorio -y a veces autoflagelatorio- de una serie de fenómenos de este último lustro. De ellos -aun a mero título de ejemplo- creo capitales el perfeccionamiento del aparato militar gorila en casi toda América del Sur. El conflicto chino-soviético y los tropiezos de la “*Tierce force*” de De Gaulle. La caída de Goulart y, con ella, el archivo de todas las terapéuticas pacíficas enderezadas a eliminar los obstáculos sociales al “*desarrollo*”. Y aun las recientes tesis freístas de lucha antiimperialista dentro del área y bajo la autoridad imperiales. Pero también -y recuérdese su comentado **Réquiem para la izquierda**-, las elecciones uruguayas de 1962 y el fracaso de la Unión Popular y sus tendencias internacionales implícitas.

Que todos estos hechos y sobre todo los últimos han ejercido en Solari un arrollador impacto; que todos ellos y sobre todo los últimos han dolido a quien aparece tan frecuentemente en una postura de ligereza y de desglose, podría abonarse con cien ejemplos. Aunque ninguno creo mejor que sus cálculos (pág. 75) sobre el volumen electoral (2% según él) del “*tercerismo*”. Si el asunto tuviera en verdad importancia, el autor pudo acometer el tema por inversa vía a la que lo hace. Esto es: calcular el peso de sufragios de los grupos de los dos partidos tradicionales y de los menores **absolutamente incondicionales** de los dos mayores núcleos de poder que se disputan la tierra. Yo no dudo que el amplio porcentaje restante hubiera dado algo muy difícilmente reconocible como “*tercera posición*” y que la misma semejanza hubiera resultado si todavía el examen se completara con un sondeo de las discordias entre las actitudes de los partidos en materia internacional y las de los votantes (o su falta de tales). Pero estoy seguro que toda la confusión y ambigüedad resultantes darían un panorama mucho más matizado y veraz (no digo más estimulante, no digo más esperanzado) que el de los falaces cálculos con los que el mismo parece descalificarse y aislarse.

#### *RAÍCES DEL TERCERISMO*

Solari abre su libro con un desarrollo somero pero en general acertado sobre los orígenes, crecimiento y crisis del tercerismo. Como en esta cuestión “*de hecho*” se le ha cuestionado severamente, y como ella representa el punto casi único en que coincido con él, me parece decente fundamentar mi adhesión adelantándome tal vez a las razones que él mismo pudiera aportar.

Hacer partir el tercerismo del año 1947, desvincularlo de toda la historia ideológica del siglo, es algo que parece poco razonable. Sostener que alguna cosa no tiene **absolutamente ninguna relación** con cualquier otra representa una actitud científica que, para usar el término más suave, no resulta prudente. A ello se oponen ciertos caracteres incuestionables de lo histórico y sobre todo del área marginal a una “*historia de hechos*”: ideas, tendencias, costumbres, actitudes, ideologías. Esos caracteres: continuidad, complejidad, interdependencia, *arborescencia*, casi infinita hacen que a muy pocas de estas modalidades de la vida humana pueda extenderseles certificados de nacimiento indiscutible. Ni el liberalismo ni el socialismo ni el nacionalismo ni el humanismo, tienen un origen preciso: fijado un punto de partida, siempre se puede ir tras de él hasta llegar a Adán o al antropoide. Yo no digo que el “*tercerismo*” sea una corriente tan trascendental como las que recién enumeré pero, de cualquier manera, posee algo en común con ellas: es de naturaleza “*ideológica*”, por más que puede pensarse que es sólo el esbozo, o el torso, o la seña de una ideología.

Ni Cole ni Lasky, ni Toffanin ni De Ruggiero, ni Lovejoy ni Hazard, maestros de historia de las ideas, se preocuparon tanto por los “*starts*”. El últimamente

nombrado se concedió un período de treinta años (“*La crisis de la conciencia europea*”) para fijar los tramos iniciales de un fenómeno que, como el “iluminismo”, fue tanto más unívoco y deslindable que este vago y discutible “*tercerismo*”.

Pero hoy tan toscos instrumentales parecen haberse afinado y en este mundo de precisiones será posible ponerle a las ideas -como a los escritos en algunos expedientes- año, mes, día y hora de presentación. El historiador, como solía decirse, verá crecer el pasto bajo sus pies.

Esta tentativa, esta pretensión, implica algo más serio que ella misma, sólo al fin ingenua. No me cuento, por cierto, entre los enemigos de la operancia independiente de lo espiritual pero -y en esto creo que Max Scheler realizó la distinción más certera- si hay una forma de lo espiritual en cuya autonomía no creo es la de las “*ideologías*”. Y querer dotarlas de tal precisión de nacimiento importa, para comenzar, atenerse **sólo** -atenerse **únicamente**- a sus formulaciones explícitas, escritas o verbales, vertebradas, racionalizadas. Únicamente en esta perspectiva es posible darle importancia desmesurada a tal discurso o a tal artículo, a tal vicepresidente o tal columnista de París. Dejo de lado, es claro, el caso incomparable de Marx pero, además de que Marx representa la formulación personal e identificable de esa corriente socialista que a él preexistía, también es casi seguro que ni Henry Wallace ni Jacques Kayser pudieron ni acercársele. Y, hablando en general, asume los trazos del más ambiguo “*idealismo*” desvincular los orígenes de una ideología de los intereses, las emociones, las actitudes que la han promovido o, por lo menos, fortalecido.

Y cierto es que esas actitudes, emociones, intereses y tendencias son bastante, pero bastante anteriores a la formulación cabal de cualquier tercerismo en la quinta década de nuestro siglo. Con la primera guerra mundial se acompañó la primera instancia de esa dualización ideológica del mundo. Como la del “*liberalismo*” y el “*absolutismo*” en el siglo XIX no tuvo ese alcance, esa área, esa persistencia, puede decirse que con ella se inició esa onerosa, cruel, intromisiva empresa en medio de la cual hemos nacido, crecido y, casi seguramente, moriremos.

Desde que esta dualización fue efectiva y desde que ella implicó consecuencias prácticas de adhesión, ¿qué otra cosa que una tercera postura representa cualquier neutralismo que responda con un “*no*” a esas incitaciones al embanderamiento? La admirable política internacional de Yrigoyen, por ejemplo, tuvo que negarse a solicitudes muy distintas a las que actualmente asedian una postura internacional independiente pero, formalmente, su gesto era el mismo que el de hoy y en este asunto los gestos tienen importancia decisiva. Pascal decía que persiguiéndose con constancia se podía llegar a la fe; también cerrando los oídos al sonsonete de las propagandas mundiales la tradición del tercerismo fue establecida.

Este neutralismo, como se sabe, adquirió en la segunda guerra mundial una significación aún más amplia. Si al final todos marcaron el paso a la imposición norteamericana, Latinoamérica, sobre todo hasta 1942, fue un continente difícil para los estrategas propagandísticos del Occidente. Ni aun lo repudiable y disonante con nuestras modalidades que toda la causa del Eje representaba oscureció en algunos gobiernos y núcleos de opinión la voluntad de hurtarse al dilema o plegarse a él sólo temporalmente y con cautela. Si tanto llevan y traen Solari y sus contradictores los editoriales de MARCHA, ¿qué otra cosa que un incipiente tercerismo representan muchas advertencias que en ellos campean (desde 1941 a 1944, sobre todo) cuando, al adherirse a la causa aliada, se agregaba enseguida: “*sin detrimento de nuestros intereses permanentes*”? Aquí en forma más tenue, en otras partes con mayor decisión, las crecientes tendencias nacionalistas que darían su sello al Tercer mundo de la posguerra ensayaron lo que parece su postura connatural: mantener la cabeza fría, apegarse a los imperativos concretos e inmediatos que de cada nación surgen, descreer sanamente de las ideologías, las músicas y los floripondios que las áreas dominantes emitían constantemente con el fin de enrolarnos. Alguna vez (en “*Política internacional e ideologías*” publicado en el suplemento de los veinte años de MARCHA) examiné lo que de limitado y estrecho arrastraba la famosa frase de Herrera que Solari también cita: “*allá ellos, los amarillos y los rubios del norte*” (1941). Muy otra cosa, en cambio, es negarle su carácter representativo de una posición que, pese a todos los pesos, es un antecedente inexcusable del tercerismo.

En un plano diferente, el de la actitud internacional de los Estados, tampoco es difícil encontrar en Latinoamérica antecedentes de ese “*bargaining power*”, de esa “*política de regateo*” cuya presencia (tan discutiblemente) echa de menos Solari entre nosotros y que sería por otra parte -valga el ejemplo preclaro de Egipto- la típica conducta internacional de las naciones terceristas.

El maniobrar entre las potencias en pugna y extraerles las mayores ventajas posibles no estaba, sin duda, tan afinado como en nuestros días pero, valiéndose de esa latitud, México recuperó su petróleo en los preliminares mismos de la guerra (1938). La línea internacional del Brasil de Getulio Vargas batió en esos años todas las marcas de lo aparentemente ondulante y contradictorio; pero ¿es posible negar que si se la contempla con la debida perspectiva y se la ilumina con el destino y obra posteriores de su autor, esa misma independencia, esa misma habilidad para la intimidación y el regateo, esa misma voluntad de actuación autónoma y de no dar nada sin la correspondiente contrapartida fue su norte permanente, inmutable? Liberal y antiliberal, fundador del parodístico “*Estado novo*”, pronuncia el 11 de junio de 1940 a bordo del “*Minas Gerais*” un discurso que hizo correr frío por las médulas del State Department. Después entra en el juego y obtiene “*Volta Redonda*”, envía su división a Italia y es el primer latinoamericano

que mete a su país en el ruedo de los grandes. Mientras tanto busca, contra todos los obstáculos, fortalecer en su pueblo la conciencia orgullosa de “*la brasileñidad*”. Lo demás es historia reciente y no faltará quien diga que, para nuestro fin, inútil.

Pues no se trataba, todavía, de la pugna entre Washington y Moscú. Pero ¿es que el “*tercerismo*” o “*tercera posición*” es **nada más** y **esencialmente** una abstención y -lo que es más grave- una **equidistancia**, respecto a las partes del conflicto soviético-estadounidense?

Aquí está el meollo del asunto.

(Esta es la primera de una serie de notas sobre el reciente libro de Aldo Solari **El tercerismo en el Uruguay**)